

Dile que si al cielo ruego,
Estoy rogando por él.

¿Qué otro consuelo quedar
Puede ya á mi padecer?
¡Es tan hermoso creer!
¡Es tan hermoso esperar!

Dejadme, sí; que el dolor
Mis lágrimas borrarán:
Dejadme sentir mi afán,
¡Dejadme llorar mi amor!

Detengámonos frente á la humilde tumba de nuestro poeta: bastan estos borrones para señal de nuestra estimacion al hombre, de nuestra admiracion al florido ingenio; sobran para que el de nuestros lectores le comprenda, sienta con él, y le rinda el tributo de dolor y respeto que se le debe.

Gran corazon y fantasía valiente le destinaban á ser insigne escritor; poca edad y poca importancia dada por él al ejercicio de sus facultades poéticas, le impidieron probarlas todas, y privaron á sus ensayos del lustre con que hubieran podido mostrarse al mundo, habiéndolos estudiado más. Frecuentísimo ha sido entre los poetas de España ejercitar el númen para distraer el ánimo de otras muy distintas ocupaciones. Garcilaso y Ercilla escribieron versos entre los horrores de la guerra; Fray Luis de Leon descansaba con ellos de sus estudios teológicos; Pablo de Céspedes tomaba la pluma en la mano, fatigada de mover los pinceles. La poesía pide para sí toda la atencion, toda la actividad y la vida entera del hombre: así hubo quien escribiese *La Iliada*, *La Eneida*, *La Divina Comedia* y *Los Lusíadas*; así compusieron sus inmortales odas Píndaro y Horacio. *Poeta, y no más*, dice á sus elegidos la Musa que los llama; *profesor, y por entretenimiento poeta*, le han res-

pondido muchos esclarecidos ingenios españoles: en pena de este aciago desaire, nuestra epopeya sólo sube hasta la *Araucana*. A gran altura lírica hubiera llegado MONROY, á no faltarle vida: el canto del verdadero poeta constituye en nuestros tiempos ya profesion respetable y útil: Homero, en la época actual, no hubiera mendigado de puerta en puerta; no necesitó mendigar, como el ciego cantor de la ruina de Troya, el ciego cantor de la caida del hombre. En los campos de la inmortalidad, vestidos de verdores eternos, bañados de perpétua luz, Espronceda habrá tendido los brazos á MONROY, llamándole *hermano*; Quintana, *hijo*. Acá, en la vida de las tinieblas y del error, dudamos qué lugar señalarle, que no le pueda ser disputado entre los herederos del gran Quintana; pues, como ha dicho el Sr. Castelar con la sagacidad y precisión del filósofo, «no se puede juzgar á MONROY por lo que ha dejado, sino por lo que se ha llevado consigo.» De lo que se llevaron tambien consigo Lucano y Garcilaso, jóvenes, Francisco de la Torre y Francisco de Rioja, viejos, que debió ser mucho, nadie ha podido hablar con certeza; lo que dejaron, sea mucho, sea poco, goza de general aprecio. Sin oponer nombres á nombres, ni género á género, ni un tiempo á otro, recojamos las escasas, pero preciosísimas reliquias de la actividad intelectual de MONROY, y estimémoslas como se estiman las de Rioja. Tres versos del malogrado joven, levemente cambiados, nos dicen el carácter de su poesía, su gloria en España, y sus merecimientos para el cielo:

El eco de su voz fué la armonía,
Y celestes guirnaldas á su paso
El coro de los ángeles tejía.

J. E. HARTZENBUSCH.

Aprovechemos una ocasion propicia. Nos envió á Madrid, años há, unos versos, pocos, pero buenos, un modestísimo escritor, de quien apénas en su casa misma sabrán que los escribe. Dadas algunas de aquellas composiciones á un amigo, redactor de un periódico, publicó una ó dos, perdió otra, y quedaron en nuestro poder las demas. Para que no se pierdan todas, como su hermana, digna por cierto de otra suerte, imprimimos de ellas una oda y tres sonetos aquí, no atreviéndonos á estampar el nombre del autor, porque ni tenemos su licencia, ni sabemos con seguridad por dónde pedírsela.

Los sonetos y la oda son éstos :

EL SOL EN ORIENTE.

SONETO.

Ya rutilante en raudo remolino
 Hierve ¡oh sol! en Oriente el polvo de oro
 Que tus ruedas levantan; ya el tesoro
 De tus rayos relumbra diamantino.
 Desplégase ondeante y purpurino,
 Al revolar el céfiro sonoro,
 Tu regio manto, y en alegre coro
 Siguen las rubias Horas tu camino.
 Naturaleza rie y se levanta
 Del sueño en que yació suspensa y muda,
 Y con su pompa y su beldad encanta;
 Y el hombre que vacila ante la duda,
 Al contemplar magnificencia tanta,
 Vuelve á la fe y al Hacedor saluda.

GONZALO EN LA BATALLA DE CERINOLA.

SONETO.

Cierra Nemur, de su escuadron seguido,
 Contra el audaz ibero, que le atiende;
 Truena el bronce; chocando el hierro esplende,
 Retumba en torno el bélico alarido.
 Estrago á mil estragos añadido,
 En la pólvora hispana el fuego prende:
 Ella furiosa por el aire asciende
 En llama y humo y hórrido estampido.
 Mas tú, Gran Capitan, la espada al viento,
 En fogoso corcel raudo atraviesas
 Tus huestes, deslumbrando con tu gloria.
 Y á tus leones, con alegre acento,
Ánimo, gritas, mis amigos; ésas
Las luminarias son de la victoria.

CELAJES DE ABRIL.

SONETO.

Pura nube, que vaga en manso vuelo,
 Si el rojo sol que fúlgido amanece
 La ilumina, magnífica parece
 Púrpura y oro en el azul del cielo.
 Cual de la blanca aurora rico velo,
 Al hálito del céfiro se mece:
 Crece en carmin, y en resplandores crece,
 Y al alma infunde misterioso anhelo.
 Así, llena de encanto y lozanía,
 Esplende, si en su luz amor la dora,
 Dulce ilusion de jóven fantasía.
 Mas ¿qué vale, si al fin se descolora
 La ráfaga, y cual flor de solo un día,
 Lo ideal pierde el lustre que atesora?

LA TRANQUILIDAD EN LA MEDIANÍA.

ODA.

Ni regios artesones,
En columnas de pórvido elevados,
Ni firmes torreones
Dan albergue seguro de cuidados.

Su enjambre el ala tiende,
Y en su curso, á la nao, que ligera
Ondas y espumas hiende,
Alcanza, y al corcel en su carrera.

Tiñen ~~o~~ avariento
La enjuta faz con el palor del oro :
Tiénenle soñoliento,
Velando en la alta noche su tesoro.

¿Quién halló, quién, escudo
Que la pujanza indómita quebrante
De estos monstruos? ¿Quién pudo
En tan horrenda lid quedar triunfante?

Quien ciñe su deseo
Al corto espacio de la vida humana,
Y en triste devaneo
No feria el día de hoy al de mañana.

En su feliz retiro,
Ni pecheros conoce ni señores :
Ve al año en dulce giro
Reir en la heredad de sus mayores.

Cuando con grave ceño
Despliega su crespon la noche umbría,
Él paz disfruta y sueño
En brazos de la hermosa medianía.

Rie la dulce aurora.....
Él ostentá en la faz su risa y calma :
Ábrese encantadora,
Cual la flor á la luz, al gozo su alma.

Ni en las dichas repudia
Su razon, ni en el caso más adverso :
Al Hacedor estudia
En su obra inmortal del universo.

Y al ver que Dios atiende,
Cual padre, á cuanto brota de su mano,
En vivo amor se enciende,
Y en toda criatura ve un hermano.

F. A. DE B.

ALCANCE.

Se nos advierte, como aviso oportuno, que las dos breves composiciones tituladas *El Tránsito* y *La Prediccion* pertenecen á una obra que no pasó de los principios. Habia de ser una coleccion de cuadritos históricos, acompañados de una explicacion ó aplicacion filosófica : dos escribió MONROY, y otros dos un amigo suyo.

Se nos han entregado, algo tarde en verdad, cinco poesías de MONROY, no indignas de su pluma, pero que tampoco aumentarían el valor de esta coleccion. De una de ellas, consideramos justo incluir aquí por despedida la mayor parte. Con

placer singular habrá visto el lector la notable composición *A la Virgen* (pág. 163): no sin gusto leerá estos sentidos versos, que se refieren á la epidemia que padeció años pasados la patria del autor:

Ciudad insigne.
 que tejó altanera
 Con los jirones de la Europa entera
 Coronas de laurel para su gloria;
 Undosos mares, apacible suelo
 De exquisita fragancia,
 A cuyo lado, en venturoso anhelo,
 Miré correr los años de mi infancia,
 Donde con puro ambiente
 Meció la brisa mi modesta cuna,
 Y el agua santa consagró mi frente...
 En mis tiernos y débiles cantares,
 ¿Qué puedo darte yo, pobre y ausente,
 Amada patria mía?
 Una lágrima triste en tus pesares,
 Un grito de entusiasmo en tu alegría.
 ¡Horas de luto y de quebranto llenas!
 Pasad, pasad al fin; que habeis dejado
 Al corazón llagado
 El inmenso sudario de sus penas...
 ¡Fatales horas!... ¡ah!... ¡cómo os contaba
 Con profunda tristeza,
 De mi patria alejado,
 Las noches que, en mi estancia retirado,
 Doblaba sobre el libro mi cabeza!
 Y á cada hoja ¡ay Dios! que temblorosa
 Iba pasando sin cesar mi mano,
 Y á cada hora que correr veía...
 «¡Otra víctima más!» triste, decía:
 «¡Otra madre sin hijos! ¡otra esposa
 Sin esposo! ¡otro hermano sin hermano!»
 Cada hora de llanto y de agonía
 Que allí contaba en mi terrible calma,
 Como una gota de dolor caía
 En el oscuro fondo de mi alma...
 Mas pasaron al fin... Nobles varones
 De mi patria, ¡salud!...

¡Dichoso el hombre que, do quier llevando
 De caridad el lema,
 Con lágrimas de amor del infelice
 Teje á sus sienes inmortal diadema!
 Dignos héroes, oid: la patria os dice:
 «No moriréis jamas, y vuestra suerte
 Bendecirá del pueblo la memoria...
 La tumba de los hombres es la muerte,
 La tumba de los héroes es la gloria.»
 ¡Santa Madre de amores,
 Que en el cielo te asientas,
 Y allí en tu solio de virtud ostentas
 El sublime dolor de tus dolores!¹
 Si ceñiste corona esclarecida,
 Con alas de los ángeles tejida;
 Si en tu regazo tierno
 Al Salvador del mundo, Omnipotente,
 Depositó el Eterno,
 Y su diestra fulgente
 De luz y lauro engalanó tu frente,
 Tú has enjugado de mi patria el llanto
 Con los flotantes velos de tu manto;
 Tú has disipado en la tremenda hora
 Del luto acerbo la tiniebla oscura,
 Derramando fulgor desde la altura
 Del áureo rayo que tu frente dora:
 Yo así te aclamo con fervor profundo
 Y con piadoso anhelo,
 La Reina de los hombres en el mundo,
 La Reina de los santos en el cielo.
 Cartagena, ¡valor! yo te saludo.
 Alza la frente y á los cielos mira;
 Que nada al bueno amedrentarle pudo,
 Y mira al cielo quien al cielo aspira:
 Las alas tiende, en el espacio vuela,
 Y en tu glorioso porvenir reposa...
 Tú volverás gozosa
 A escuchar de victoria los cantares,
 Y tornarás un día
 A bañar, patria mía,
 Tu corona de perlas en los mares; etc.

¹ Nuestra Señora, con la advocación de *los Dolores*, patrona del Hospital de la Caridad de Cartagena.

«Sé que esta composicion (escribia el autor), ó por mejor decir, este conjunto monstruoso de versos incorrectos, no resiste á la crítica. Atiéndase solamente á mi buena intencion y sana voluntad, si ya no se tuviere en cuenta que esta poesía ha sido hecha en una hora escasa, pues me ha sido pedida por el correo que hoy llega, y la remito en el correo que hoy sale.

»Madrid, 13 de Octubre de 1859.

»J. MARTINEZ MONROY.»

FIN.

ÍNDICE.

	<i>Págs.</i>
AL PÚBLICO.	v
BIOGRAFÍA.	vii
El Genio.	1
Toledo.	9
Las dos purezas.	15
A Dolores.	17
A D. Emilio Castelar.	23
El cielo.	33
A Siria.	37
Los dos romeros.	43
Cruzando el Mediterráneo.	47
De la noche al día.	51
Italia.	55
Nubes.	63
Inspiracion.	65
Canto del proscripto.	69
Voy á partir.	77
El eclipse de sol.	83
La inocencia.	93
En el día de tu santo.	99
Isidoro Maiquez.	103
A mi madre.	109
La victoria de Tetuan.	115